

mismos; en el público numeroso que murmuraba dentro de las tribunas, estallando; en las aglomeraciones de gentes á las puertas y á los alrededores, échase de ver cómo se augura por todos los ánimos una próxima tormenta preñada de catástrofes. Para mayor desgracia, coinciden con este día infausto las respuestas del Rey al decálogo ya proclamado de los hechos del hombre. Cuando todos los creían superiores á cuantos poderes públicos pudieran dirigir á la futura sociedad, y sólo por sí mismo limitables, el Rey dice que los admite con ciertas restricciones y reservas, equivalentes á negación, tan temeraria, como si negara el sol ó el aire. Las cabezas de los más calculadores se aturden y los sentimientos de los más fríos se sublevarán. Unos dicen cómo aquellas observaciones resultan, bien meditadas, ataques á la Constitución; otros las llaman ecos del indecente motín orgiástico celebrado por los guardias de Corps y el regimiento de Flandes contra el Congreso Constituyente; muchos insinúan anatemas sobre la corte y la Reina, recordando que sólo hay, por el Código fundamental, en Palacio una persona inviolable y sagrada: el jefe de la nación. Mirabeau entonces anuncia que vienen cuarenta mil hombres en armas de París y pide se levante la sesión. El presidente no hace caso, y el tribuno reclama que se apresuren las deliberaciones. El presidente responde que no las apresurará. ¿Y esos cuarenta mil hombres? pregunta Mirabeau. Que lleguen y nos maten, responde á su vez el presidente. Y después de un respiro, añade con amargura: «si nos mataran, poco perderían los grandes intereses del Estado.» Bonita frase, dijo Mirabeau.

Era el 5 de Octubre de 1789. La reina se había ido de Versalles al Trianoncillo, diminutivo de aquel Trianón fundado por Luis XIV, para huir á su propia grandeza en palacio inferior al palacio erigido por su soberbia y habitado por su triste y solitaria majestad. ¡Con qué tristeza recorrería la pobre María Antonieta los jardines, regalo de su real esposo, donde había pasado los únicos días felices de su juventud! ¡Cómo contemplarían sus ojos las rías de orillas bordadas por aterciopelado césped, donde antes jugaban sus damas; los bosquecillos en que trezaba con los galanes, hechos pastores, danzas dignas de las sencillas églogas; el molino, cuyas ruedas y mazos trituraban el trigo candeal necesario á las golosinerías bucólicas; los apriscos llenos de ovejas que balaban y sacudían sus esquilas, llenando el espacio de virgilianas resonancias; la lechería, testigo de que sus manos regias atinaban á ordeñar las ubérrimas tetas de las vacas; la dehesa y la ermita, que fingían la vida y la oración campestres; el templete de amor en una isla arrullada por la cadenciosa caída de poética fuente; el paraje sombreado por los fresnos y los robles y las encinas y los cedros, vivo escenario de sus comedias; los sitios, en fin, cuya sencillez pusiera en su ánimo olvido del cetro y la impelió á la comunidad con sus semejantes en la sencilla paz y en las santas armonías de los campos! ¿Quién le hubiera dicho que aquel día, 5 de Octubre de 1789, era el día último que la Providencia le deparaba en sus arcanos para pasear por su jardín favorito? Y en efecto, la llaman precipitadamente y vuelve á palacio.

¡Qué horrible cambio! Los guardias requerían las armas, los domésticos andaban temblando en todas direcciones, sin saber á dónde ni para qué. Algún que otro tiro se oía como anuncio de la cercana tormenta. Por aquella grande alameda de París, que abría paso á los lujosos carruajes de las aristocracias, entre nubes de muy espeso polvo, tronaba una muchedumbre embriagada de ira, blandiendo armas hambrientas de matanza. Y nadie se acuerda de ella, de la dama, de la madre, de la Reina. Los militares corren á la desbandada en tropel, sin orden ni disciplina; la servidumbre se cura de sí misma con el egoísmo que suele despertarse tanto en los incendios como en los naufragios, en todas las calamidades; los diputados salen y entran sin decir una palabra de consuelo ni dar un consejo digno de atención: el ministerio delibera y no manda; Necker se golpea el pecho con furia viendo perdida su popularidad y derribado su gobierno; el Rey representa la irresolución eterna en aquel apremio de los hechos para las resoluciones supremas; aquí y allá resuenan tiros sueltos con siniestro retumbo; en todas direcciones corren caballos desbocados y sin jinetes; por las alamedas dibújense grupos que se atisban y se persiguen mutuamente; á lo lejos, el pueblo se retuerce de furia, y aquí cerca Lafayette viene en triunfo, abriendo, sin quererlo quizás, paso franco á gente que vomita toda suerte de injurias y de amenazas sobre la Reina en el vértigo que dan á todas las muchedumbres las inflamadas ideas y las revueltas pasiones de una revolución incipiente. La Reina, que acababa de pasar entre sus ramilletes de Trianón compuestos de flores naturales al otoño y de otras muchas producidas por las plantas exóticas: la Reina que traía en el alma un tanto de la paz de las campiñas, como si hasta los caprichos de la casualidad se empeñaran en agravar los dolores de su vida y ennegrecer las tragedias de su palacio; la Reina se halla entre ministros que no la oyen, criados que no la responden, militares que no la sirven y una multitud avanzando como un oleaje hinchado por los huracanes, multitud, que, de sierva y humilde, se convirtiera en arrogante ó imperiosa, marchando, como quien manda y exige obediencia, con empeño, hacia el regio santuario, á que antes no volvía los ojos, sino con las rodillas y aun la frente en el polvo, como acostumbrada por la tradición á supersticiosa reverencia, la cual en odio se ha trocado al influjo de otros nuevos sentimientos y á la súbita renovación de aquella sociedad, transformada ya profundamente en sus tempestuosos y misteriosísimos comienzos.

Las verjas ceden. Gentes del pueblo entran en el gran patio del palacio. La guarnición se apercebe á la defensa. Un conflicto se urde al pie de los balcones y varios heridos caen sobre las losas de mármol. Multiplicase Lafayette para ocurrir á todo, aunque inútilmente, pues ni logra calmar á una multitud furiosa, ni logra tranquilizar á una corte aterrada. Por fortuna, viene la lluvia en su auxilio, y tras la lluvia, las sombras de la noche. Retírase la multitud sin saber á dónde, como si aquellos grupos revolucionarios fueran seres apocalípticos devueltos á sus regiones fantásticas ó invisibles; y retírase la familia real á



sus habitaciones á recoger los últimos homenajes de su grandeza y á dormir por última vez en el inmenso palacio de su raza. Así concluyó la jornada del 5 de Octubre. Pero ¡ah! venía á más andar la jornada del 6, preñada de horrores. No podía nadie ignorar que la determinación del pueblo era llevarse al Monarca y que contra esta determinación no tenía fuerza bastante la corte ¡ah! ni fuerza bastante la nacional Asamblea. El furor de los amotinados llegó hasta desacatar la representación nacional, derramarse por sus salas, tenderse en sus bancos, reirse en sus deliberaciones, pedir á gritos que hablaran ó callaran los varios oradores; mostrando, en fin, cómo la pasión popular desbordada no se detenia ante ningún respeto, ni se calma sino por la concesión de una entrega completa del trono al pueblo. Y sin embargo, el optimista Lafayette, aseguró tanto á unos y otros el mutuo respeto y dió tales promesas y fianzas de seguridad, que la Reina se acostó á las dos de la mañana y se durmió tranquila, mientras el caballeroso general se iba á recoger también y á dormirse en el soberbio palacio de sus parientes los señores de Noailles. Todos reposaban tranquilos. Y solamente los amotinados que se orguían y velaban, supieron cómo se habían puesto dos carrozas, al peristilo de la grande estufa, apostadas y apercebidas para un viaje de fugitivos. Y como velaban, descubrieron que una puerta se quedara sin cerrar en la natural confusión, y por allí se colaron, poseídos de su inextinguible rabia, en los patios. El combate estalla entre los agresores llegados y los guardias de Corps en centinela. Siete de éstos mueren y cinco de aquellos. Vencida la primera dificultad, queda franca la escalera. ¡Ah! La luz de un tristísimo crepúsculo de otoño ilumina la entrada de los pueblos en el palacio de los Reyes. La nueva sociedad, que este hecho indica, nace entre dolores sin número, entre torrentes de sangre sin tasa, entre mares de lágrimas. Ni el crepúsculo de este día siniestro, ni el rumor de este combate sangriento han despertado á la Reina, dormida de puro cansada. Sus azafatas, en vez de acostarse como les ordenara, quédase á la puerta, y velan su sueño y vigilan su reposo. En el instante del conflicto, unas se dirigen desaladas al cuarto de María Antonieta, y otras al salón de los guardias. Uno de éstos, herido, con el rostro velado por la sangre, sin fuerzas para sostenerse de pie, sin ánimo para hablar, recoge sus últimos alientos, y al exhalar el espíritu suyo, anuncia con el testimonio de su muerte, cuántos y cuán graves peligros corre la vida de los Reyes.

En efecto, á lo alto de la escalera, á la entrada de las regias habitaciones, cerca de la Reina, dos de estos leales soldados acababan de morir en holocausto á su lealtad y de detener aquellos nervudos brazos que blandían sus terribles picas y sus disformes y variadas armas. Las azafatas corren, levantan á la Reina, le impiden que se vista, le ciñen la primera cubierta que encuentran á mano y la empujan al cuarto del Rey, de aquel Rey menos amenazado que ella por las desapoderadas furias. Por milagro, en el terror conservaron fuerzas bastantes á pasar un barroto por la puerta que los invasores golpeaban y forzaban conducente de las grandes salas á las habitaciones particulares. Por

el largo balcón que da á los estrechos y oscuros patios interiores llegan al tocador de la Reina, punto de comunicación interior con las habitaciones del Rey. Pero este camarín que solía cerrarse del lado que daba á las habitaciones de la Reina, hállase también cerrado del otro, no se sabe cómo ni porqué, ni por quién, ni cuándo: misterios de estos días críticos. Mientras las azafatas golpean con anhelo, óyese, acercándose cada vez más, el resollar de las turbas, el vibrar de las armas, el correr de los domésticos, el gemir de los heridos y el resuello de los moribundos. Por fin, un criado abre la puerta cerrada y la Reina entra en la habitación del Rey. Pero no le halla; porque ha ido del otro lado, por los aparatos salones, al Ojo de Bney, donde la tragedia del sacrificio de los guardias sucede, en busca de su esposa. Sus hijos, la joven princesa y el tierno delfín, se arrojan en sus brazos. Al cabo de algunos momentos aparece su cuñada Isabel, un poco más tarde el Rey. Tras el Rey los ministros, los diputados, los caballeros, los gentiles hombres, los criados que representan los últimos afectos de lealtad en aquella hora suprema. Una diputación de la nobleza sigue á la monarquía expirante, como una constelación de planetas acompañando á su sol en el momento de apagarse y de extinguirse. En el rostro de los hombres se pinta la necesidad del combate, mientras en el rostro de las mujeres el duelo de la desesperación irremediable. Estas claman con agudos gritos y aquellos resuelan con reconcentrado furor. No puede preverse qué sucediera de no venir al socorro de todos la providencia de todos, el buen Lafayette, que arranca de muerte horrible varios guardias y contiene con enérgicas resoluciones los desbordes de la muchedumbre.

Pero si palacio, gracias á él, queda en aquella inundación preservado de los males mayores que contenían las amenazas populares, jardines y alamedas resuenan con el estallido de un próximo combate. Para concluir de someter al pueblo, según Lafayette, no hay más remedio que ir á él y ofrecerle sin ambages la vuelta inmediatamente á París. Los nobles y algunos diputados resisten á esta última humillación; pero Luis XVI cede con propósito deliberado de recabar por este exceso de sus amarguras todas sus concesiones en el día más ó menos próximo, pero siempre aguardado, de la satisfacción y del desquite. Los gritos de las muchedumbres reclaman la presencia del Rey en el balcón; el Rey se presenta, y es aclamado universalmente. Nuevos gritos reclaman la presencia de la Reina, quien se lanza al balcón, acompañada de sus dos hijos, con la resolución del suicida que se arroja en momento de ciega exaltación á la muerte. Como la muchedumbre gritara que fuera niños, la Reina se aparta de los Príncipes y baja los brazos, como descubriendo el pecho á las iras públicas. Ante tal actitud, que tiene mucho de desesperada, pero también mucho de heroica, el pueblo, en cuya alma queda siempre nativa generosidad, se entusiasma y aclama á la Reina. Ya no había remedio, la corte estaba entregada al pueblo y tuvo que partirse á París en reconocimiento de su entrega y en homenaje al vencedor. El viaje desde Versalles á París en siete largas horas fué para la familia real un tormento horrible y el